del Conde, donde fué muy bien atendida la Emperatriz, según su rango, y Panza, según el suyo, y se mandó llevar á las caballerizas la mula y Babieca, y darles todo el pienso que quisieran hasta hartarles, para ver si recobraban fuerzas y podían entrar en la batalla preparada. Y entre tanto D. Quijote obligó á Panza á limpiarle todas las armas, que debían relucir como venecianos espejos; menos el casco aquel consabido, que no podía salir de su color achocolatado, que el caballero creía ser un especial pavón de su bien templada lámina.

CAPITULO XX

De los coloquios y preparativos de D. Quijote y Panza, y de la reñida y sangrienta batalla del caballero contra los ejércitos episcopales, en el paraje de los Cuervos.

Todo tiene término y remate en este bajo mundo, ¡oh Panza! exclamó D. Quijote al verse á solas con su escudero. Los ha tenido mi encantamiento é inercia de trescientos años y los va á tener mi proyecto de coronarte emperador de Andorra, en la batalla que mañana se ha de librar; y ya me veo, como Annibal á las puertas de la soberbia Roma; solamente que él desaprovechó la ocasión de asaltarla incontinenti, y yo no he de perder minuto.

Y como el caballero explicara á Panza todo el curso de sus negociaciones hasta aquel día, en que había de decidirse la suerte por las armas, y como le dijera que no eran más que quinientos mil guerreros episcopales los que tendría que vencer á la mañana siguiente, Panza se quedó muy melancólico y decaído, temiendo que, aunque no fueran tantos no solo no tendría el reino prometido, sino que se quedaría también sin amo y promisor en aquella jornada.

No pongas cara triste, decía D. Quijote, que las vísperas deben celebrarse como las fiestas. Y Panza seguía sin chistar, limpiando con una gamuza el orín de la armadura y de la espada; por cierto sin poder sacarlo: tan añejo era y bien agarrado hallábase á los envejecidos aceros.

¡Ay, Señor mío! prorrumpió el buen escudero al cabo de una pieza, sin que nada le hubiera dicho más D. Quijote; y dando un gran suspiro se le saltaron las lágrimas de los ojos.

¿Qué, hombre, qué? exclamó aquél; acaba tu discurso, empezado con ese lastimero exordio.

Y Panza le declaró, anudada la garganta de sollozos, que llegados ya á trance tal, él no quería ser causa, por la ambición de un reino de tres palmos de ancho por seis ó siete de largo, de la muerte y descuartizamiento de su amo; manifestando su presentimiento de que allí terminarían todos sus esfuerzos y aventuras.

De hombres es el morir, respondió D. Quijote, y no te niego la posibilidad de que yo sea arrollado y muerto; pero, si ese temor de la muerte debiera encoger el ánimo, dígote que sería el sér humano el más desventurado del planeta: porque no podría dar un paso, ni mover un brazo, ni mudar de sitio, ni comenzar una obra cualquiera, sin que ese siniestro pensamiento se le atravesara para detenerle; con lo que la vida sería una perpétua zozobra y un anonadamiento anticipado.

No entiendo yo de esas filosofías, dijo Panza; pero lo que sí me sé es que no todos los casos de la vida son tan expuestos á la muerte que hagan pensar en ella, y que hay otros como este de ir á pelear un hombre solo contra medio millón, en que el presentimiento de que ese hombre haya de morir es el más natural y el único que se cae de su peso.

Tienes razón, dijo D. Quijote, y por si muero en la demanda, que yo conozco que bien pudiera ser, te haré mis principales encargos, como si otorgara testamento nuncupativo. El primero es que vayas á la Patagonia y des la noticia á Dulcinea, con mucha cautela, devolviéndole este anillo, signo de mi fidelidad; el segundo que vayas á casa de D. Lucas Gómez, á pedirle en mi nombre perdón por mi arrebato de haberle roto su Buscapié; y el tercero que recojas mi cuerpo y le des cristiana sepultura, en un sitio á la orilla del mar, donde están las que llaman Columnas de Hércules, en las que se hallaba escrito *non plus ultra*, indicando que no había tierra ninguna más allá; de las que España borró el *non* después, demostrando que estaba más allá el Nuevo Mundo por ella descubierto y conquistado; y donde, según he sabido, han vuelto á escribir ese *non* otra vez, para significar que de allí en adelante no habrá más

tierra para nosotros. Allí me enterrarás, para que, si es verdad que pueden los muertos volver en alguna ocasión á este mundo á hacer alguna obra grande, por permisión divina, pueda yo levantarme de la fuesa y borrar con las uñas de mis descarnadas falanjes ese *non*, como le borraré, si vivo, con la punta de mi espada.

Esto último lo dijo D. Quijote pensando en su juramento sobre las Américas.

Panza prometió cumplir la última voluntad de su amo, y acabada la limpieza de la armadura y de la tizona, así como de la lanza, retiráronse á descansar caballero y escudero; aquél con el corazón firme, y éste con el ánimo acongojado.

Los clarines de la fortaleza, tocando alegremente á diana, despertáronles de madrugada; sobresaltándose Panza nuevamente y encendiéndose en ardor bélico el ánimo de D. Quijote.

Ea, escudero mío, exclamó, vísteme presto esa armadura, en que el sol va á tener esta mañana espejo clarísimo, y cíñeme esa espada que va á resplandecer de gloria, y apréstame Babieca y mi lanza, y monta tú en tu palafrén, que la hora es llegada del combate.

Hízolo Panza todo á punto, menos lo de montar él en su mula, y D. Quijote le requirió de nuevo diciéndole que él, como escudero, debía seguirle en aquella batalla; aunque no usara de las armas, y sí solo para estar al reparo de lo que le mandara su señor, como recado ó aviso, ó que le ajustara alguna espuela caída.

Panza, que había sido soldado pero flojo, andaba reacio todavía, hasta que preguntó muy humildemente al caballero, si no se podía hacer que él le siguiera como á media legua de distancia: porque él tenía mujer é hija, que perderían esposo y padre respectivamente; y que antes le diera los avisos, razones ó encargos que quisiera y le dejara ajustarle las espuelas, tanto que no hubiera necesidad de reforzarlas, aunque la batalla fuese furibunda.

Veo, dijo D. Quijote, que tiemblas como gacela. Sígueme si quieres, no á media, sino á una legua, con tal de que puedas ver todo el campo del combate y rescatar mi cuerpo, si caigo he-

rido ó muerto: que, si eso no haces, no sé qué puedes poner de tu parte en la conquista de ese reino, acometida en tu provecho.

Sí haré, Señor, exclamó Panza, y si muerto cae Usía ya acudiré yo, antes que los grajos; aunque después de despejado el lugar de enemigos.

Montaron, pues, ambos y ya estaban á las almenas del castillo la Emperatriz de Villacañas y los ayudantes, menos el Príncipe, que bajó á decir á D. Quijote que se dirigiese hacia la eminencia llamada de los Cuervos, señalándola, y que en vez de atacar, aguardara allí á que se desplegaran en guerra los quinientos mil hombres del Prelado, venciéndoles conforme fueran llegando hasta él; aunque creía que muchos, al verle armado de todas armas y caballero sobre Babieca, retrocederían sin atreverse á llegar á aquellas posiciones; en cuyo caso sería la oportunidad de perseguirlos y rematarlos.

Pareció bien á D. Quijote, y con su escudero detrás, que miraba asustado á todas partes, dirigióse á las posiciones de los Cuervos, cuando ya el sol asomaba su redonda cara por los montes escarpados de Oriente.

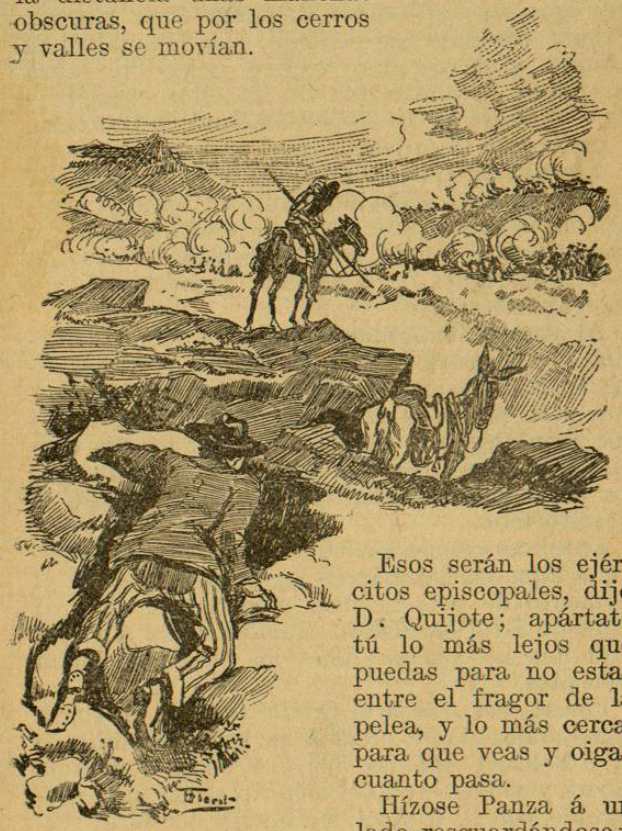
Vamos, Panza, aviva el paso á Babieca, que esta mañana no obedece á mi espuela como solía, dijo D. Quijote; y oye otro encargo que te hago, por si perezco en esta desigual batalla, y es que el rizo de Dulcinea, que tengo entre mi ropa, donde tú sabes, lo entierres conmigo también junto á las Columnas de Hércules.

¡Volvámonos, Señor mío, exclamó Panza otra vez, antes de llegar, y no pensemos en entierros en esas columnas, y siga viviendo Usía sin más que sus imaginaciones de fantasmas y endriagos! ¡Volvámonos, por las cinco llagas; que yo renuncio á la corona de ese imperio, y si aquí estuvieran también renunciarían á ella Panza Alegre y Pancica!

Calla, corazón apocado, respondió D. Quijote; que París bien vale una misa, y no se tira un reino por la ventana como tú quieres hacerlo; cuanto más que la fama y el honor de los caballeros son tales que, después de haber hecho miles de proezas, si una vez vuelven la espalda,

es como si no hubieran hecho ninguna. ¿Quieres tú, cobarde y afeminado, que yo en este momento, después de tirar tu reino, tire por el suelo también mi honra?

Diciendo esto, llegaron á las posiciones de los Cuervos, lugar eminente, y pronto vieron en la distancia unas manchas obscuras, que por los cerros y valles se movían.



Esos serán los ejércitos episcopales, dijo D. Quijote; apártate tú lo más lejos que puedas para no estar entre el fragor de la pelea, y lo más cerca, para que veas y oigas cuanto pasa.

Hízose Panza á un lado, resguardándose y ocultándose en un risco, y pronto se desplegaron en la lejanía los batallones del simulacro, que tenían por objetivo el amago á las posiciones aquellas, y la retirada desde cerca de sus alturas; por lo que, de común acuerdo, el Príncipe hizo encaminarse á aquellos riscos á D. Quijote.

Avanzaron las tropas por el centro y uno de

los flancos, y comenzó el fuego en toda la línea; tal que Panza, experto en eso de resguardarse, echó pie á tierra, rodando presurosamente de la mula, y se tendió boca abajo en el suelo.

D. Quijote oyó el detonante ruido de la mosquetería, sin esquivar el pecho á las balas, y sí creyó que serían quinientos mil los enemigos que hacían tantos disparos á un tiempo. Pronto tronaron los cañones y se generalizó el ataque, y el caballero esperó impávido, lanza en ristre, la acometida de aquellos enjambres de enemigos; puesto el pensamiento en Dulcinea, y preparado el talismán para un caso de apuro.

Llevaba D. Quijote el casco de la Emperatriz de Villacañas, y ostentándolo en aquella eminencia, y blandiendo su lanza y embrazando su escudo, sobre aquel caballo escuálido, parecía la misma figura de la muerte, presenciando un combate de veras.

Al avance de algunos batallones, fué en dirección á ellos para herir á los de las primeras filas: mas vió con asombro que, sin ser alcanzados, retrocedían y se retiraban, y lo mismo los que iban llegando después, á pesar de sus descargas y tiroteos, y por igual la caballería, que iba escalonada en auxilio de ellos, y por fin el ejército todo.

Entonces comprendió que había infundido pavor á aquellas innúmeras legiones, y que era el momento de perseguirlas, y echó tras ellas al trote de Babieca, dando grandes voces á Panza para que le siguiera; pues los enemigos huían aterrados.

Panza, que rezaba el Credo, tendido en tierra boca abajo, y que creía á su señor acribillado ya á balazos, cuando oyó sus voces y alzó la cabeza y vió que todo el ejército se retiraba perseguido por D. Quijote, no quería dar fé al testimonio de sus propios ojos; y, ya envalentonado, montó en la mula y echó tras su amo, para que viera que merecía la corona de Andorra, por haber puesto algo de su parte para lograrla.

El ejército se retiraba disparando siempre y las columnas de humo de las avanzadas impedían ya ver lo demás; pero, por lo lejano de los disparos, se comprendía que los batallones derrotados estaban lejos, hasta que no sonó ningún tiro, ni entre las madejas de humo se vió un solo soldado.

Jadeantes y sudorosos Babieca y la mula, de tanto correr por aquellos escabrosos sitios tras de los fugitivos; lleno de júbilo y coraje Don Quijote, y de admiración y asombro Panza, hicieron al fin alto en una hondonada de un vallecillo, tributario del Segre.

Quitóse el casco D. Quijote y dijo á Panza que se lo tuviera, y limpiándose el sudor exclamó:

¿Dudas ahora, Panza amigo, del invencible esfuerzo de mi brazo? ¿Eran esos, por ventura, carneros ó soldados de carne y hueso armados de prodigiosos mosquetes y bombardas de gran alcance? ¿Viste ó no los escuadrones enteros de jinetes venir en auxilio de los peones, que ante mí retrocedían atemorizados? ¿Reparaste cómo excusaban al fin todos la batalla, y los más atrevidos se apresuraban al cabo á librarse de mi furor? ¿Hallaste nunca más serenidad en el esperar, más firmeza en el resistir, más fiereza en el provocar, más valor en el acometer, ni más tesón en el perseguir, que los que yo he puesto en este desigual combate? ¿Crees tú que ese Obispo, viendo derrotados sus quinientos mil hombres, no capitulará, entregándome su imperio?

Confieso, dijo Panza, que hasta hoy todo lo creí engendro de la acalorada imaginación de Usía; pero ya tengo que rendirme á la evidencia, y ésta es que realmente Usía ha conseguido la más señalada y nunca vista victoria, peleando solo contra un ejército entero compuesto de infantería, caballería y artillería, y estoy dispuesto á proclamarlo á la faz del mundo, como la más inaudita de las proezas.

No hablemos más de ello, dijo D. Quijote; que el mucho recordar un hecho heróico, en propios labios lo rebaja. Tú cuenta y dí lo que viste, cuando te pregunten, sin añadir comentario ninguno; y ahora vamos á buscar los muertos y heridos que ese ejército ha debido tener, que serán muchos: porque enterrar á los unos y cu-

rar á los otros del campo enemigo, es piadoso oficio de vencedores.

Echaron pues á andar, registrando malezas y monte bajo, por los sitios de la batalla; pero después de más de una hora de rebusca nada hallaron, y entonces dijo D. Quijote que era mejor dejar aquella tarea: porque los vencidos habían retirado sus bajas sin duda, para ocultar la magnitud de su derrota.

Unicamente hallaron en el campo de la refriega una mochila, que es de creer se dejara olvidada un soldado, y una faja y no de general, que otro se desceñiría de su ropa interior, para estar más lijero, y D. Quijote repartió este botín, quedándose con la faja, que creía una bandera sin asta, y dando á su escudero la mochila.

Aquél se la ciñó muy ufano, y Panza abrió la mochila pára ver lo que había dentro, encontrando una escudilla, medio pan de munición y un rollo de papeles que entregó á D. Quijote; el cual los desató, viendo que eran versos y coplas todos de amor. Pero, reparando en la firma, halló que acababan con este nombre: «El Poetilla»; cayendo en la cuenta de que la mochila debía ser de aquel pastor á quien él armó caballero; lamentando que por torpeza de éste de haber puesto su espada al servicio del Obispo, hubiera perecido en aquella refriega. Guardó los papeles para continuar por otros medios sus averiguaciones, y volviendo hacia atrás se dirigieron al castillo de Urgel, con los despojos de la batalla: pues era ya más de medio día.

En él preparaban á D. Quijote solemne recibimiento, y al entrar todos pusiéronse en pie y el viejo Conde fué á abrazarle, tan estrechamente que el caballero creyó que le ahogaba. Estaba preparada la mesa para el banquete; pero en ella había una novedad y era un cubierto para Panza, al que ya consideraban elevado de su oficio escuderil á la categoría de Emperador de Andorra.

No quería Panza ocuparlo; pero no hubo más remedio, ante la insistencia de todos y la orden de D. Quijote, que allí mismo le dió una pescozada y un espaldarazo, y le dejó armado caballero.

Al comenzar el banquete todos quisieron oir la relación de la batalla; pero D. Quijote, diciendo que las propias alabanzas envilecen, cedió la palabra á Panza, que la refirió de esta manera:

Salimos con el Sol, mi Señor delante caballero sobre Babieca y yo detrás en mi mula. Llegamos á ese sitio llamado de los Cuervos, cuando vimos venir quinientos mil hombres ó más de todas armas contra nosotros, que llenaban como hormigueros montes y valles. Esperámoslos á pie firme, para no ser rodeados de ellos y sí irlos venciendo de frente. Atacáronnos con coraje, disparando contra nosotros fusiles y cañones y avanzando también á la bayoneta. Mi señor D. Quijote se defendió lanza en ristre, y yo como pude á mordiscos y puñadas, y tantos cayeron atravesados por él y derribados á golpes por mí, que las filas de los primeros batallones flaquearon. Acudieron otros y los deshicimos también. Vino luego la caballería y formamos el cuadro contra ella, estrellándose en nuestra muralla infranqueable. Dispersados los primeros escuadrones, lo fueron todos los demás, y tanto fué el pánico de aquel ejército, que comenzó á tocar retirada y á volverse apresuradamente, protegidos los infantes y caballos por la artillería gruesa y de montaña. No los dejamos escapar tampoco sin castigo, sino que los perseguimos, alanceándolos mi Señor, que era un gusto verlos caer ó ir ensartados de tres en tres en su lanza, y dándoles yo de patadas en las partes posteriores, conforme iban huyendo. En este punto de la batalla hicimos gran carnicería, hasta que cansados Babieca y mi mula de tan sanguinaria persecución y quedándonos con todo el campamento enemigo, desaparecieron en fuga y vergonzosa derrota aquellos ejércitos combinados. Mi señor cogió una faja de general y yo una mochila, y aquí estamos sanos y salvos, él sin un rasguño, y yo con sólo este de la nariz, del tiempo que la tuve pegada en la tierra.

Así se escribe la historia por los vencedores, dijo D. Quijote, y aunque algo exageren, como tú Panza has hecho, el compendio y resumen

de todo es, señores míos, la derrota de ese poderoso ejército, en que este mi escudero puso de su parte realmente eso de la nariz pegada á la tierra y el hallazgo de la mochila, y yo todo lo demás.

Rieron los comensales grandemente, de ver como Panza se adjudicaba una parte igual á la de D. Quijote en el combate y el triunfo, y cómo rectificó éste amostazado, señalando lo único que su escudero hizo. Pero todos les alababan y ensalzaban, diciendo la Emperatriz de Villacañas que con un solo caballero como Don Quijote podrían suprimirse los muchos gastos de los grandes ejércitos permanentes.

Esto afirmaban y trataban, añadiendo el Príncipe que, en vista del resultado de esa batalla, él tenía que proponer el desarme europeo, en la primer asamblea de Reyes que se celebrara; cuando un criado entró con un gran pliego en una bandeja de plata, diciendo que lo había llevado un heraldo para D. Quijote. Tomólo éste y vió que en el sobre escrito había un escudo con una mitra y dos llaves atravesadas en tinta azul, y supuso que sería del Obispo de Urgel y que contendría el acta de capitulación de Andorra; por lo que, con la venia de todos, lo abrió y lo leyó en voz alta allí mismo; el cual pliego decía de esta manera:

«Al Egregio y Victorioso D. Quijote de la Mancha, Caballero de la Triste Figura, de los Leones, etc., etc., salud:

»Después de la derrota sufrida por todos mis ejércitos reunidos, en la batalla de los Cuervos, y de la victoria obtenida sobre ellos por vuestro esfuerzo y bizarría, entregáraos de grado la corona y el Imperio de Andorra, sino me acordara de que un tiempo, antes que ermitaño, fuí caballero andante, y que no es bien me dé por vencido sin haber luchado con vos cuerpo á cuerpo. Derrotado como Emperador en mis soldados, mantengo mis derechos como caballero, y os reto á singular combate, en el cual si soy vencido os entregaré aquel Imperio sin dilación, por no quedarme ya esperanza ninguna de mantenerlo. Mañana, al rayar el Sol, os aguardo con mis ayudantes ante el foso de

ese castillo, fuera de sus fuegos, en la esplanada que hay á la derecha, á pie por no poder usar caballo, y espero vayais lo mismo, para que entre vuestra espada y mi báculo se ventile esta contienda, quedando el vencido á merced del vencedor, con tal de que no sea contra caballeros lo que se le ordenare.»

»Vuestro servidor y capellán.—El Obispo de Urgel.»

Palideció Panza, viendo comprometido de nuevo su reinecillo, que ya creía tener en la mano; quedaron como suspensos los demás comensales, y D. Quijote pidiendo recado de escribir contestó al Obispo que recogía el reto y que iría á la hora y sitio fijados, á pie, aunque no parecía que caballero debía dejar su caballo en cuanto pudiera estar en él; manifestando á los demás no temieran ningún resultado desfavorable; que el que había puesto en fuga á quinientos mil guerreros, bien podía vencer á un Obispo.